HISTORIA NATURAL
DEL
CANIBALISMO

HISTORIA NATURAL DEL CANIBALISMO

Un sorprendente recorrido por la antropofagia desde la antigüedad hasta nuestros días

MANUEL MOROS PEÑA

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historia natural del canibalismo
Subtítulo: Un sorprendente recorrido por la antropofagia desde la antigüedad hasta nuestros días
Autor: © Manuel Moros Peña

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-631-5

Índice

Prólogo 11

Introducción 15

Capítulo 1: Canibalismo de supervivencia 21

Capítulo 2: Canibalismo ritual 77

Capítulo 3: Canibalismo prehistórico 163

Capítulo 4: Canibalismo guerrero 183

Capítulo 5: Canibalismo patológico 281

Capítulo 6: Cine canibal 317

Bibliografía 369

Hay que empezar por un análisis exacto de todo lo que los hombres llaman crimen, comenzar por convencerse de que lo que así caracterizan no es más que la infracción de sus leyes y sus costumbres nacionales, de que lo que se llama crimen en Francia deja de serlo a cien leguas de aquí; de que no hay ninguna acción que sea realmente considerada como crimen en toda la tierra y de que, por consiguiente, nada en el fondo merece razonablemente el nombre de crimen, que todo es cuestión de opinión y geografía.

DONATIEN-ALPHONSE-FRANÇOIS, MARQUÉS DE SADE.
Justine o los infortunios de la virtud (1787).

La inclinación antinatural a comer carne humana se da entre ellos de la forma más deshumanizada. Los indígenas de las islas Fidji consumen carne humana no por venganza, ni por necesidad, sino por puro placer.

REVERENDO DAVID CARGILL (1838).

Cuando se calmó un poco continuamos observando el barco hasta que finalmente lo perdimos de vista, pues el tiempo empezó a ponerse brumoso y al mismo tiempo se alzaba una ligera brisa. Tan pronto como desapareció del todo, Parker se volvió hacia mí con una expresión en su semblante que me produjo escalofríos. Había en él un aire de resolución que yo no había advertido hasta ahora, y antes de que despegase los labios el corazón me reveló lo que iba a decirme. Propuso, en pocas palabras, que uno de nosotros debía morir para salvar la vida de los otros.

EDGAR ALLAN POE.
Las aventuras de Arthur Gordon Pym (1838).

Prólogo

—Cuéntame otra vez esa historia de los niños del barril —rogó la pequeña a su abuela.

Apenas tenía 6 o 7 años, pero señalaba con firmeza hacia una antigua talla de madera que descansaba sobre una vetusta estantería.

—¿Otra vez? Ya te la he contado muchas veces.

—Es que me gusta...

—Bueno, siéntate a mi lado.

La niña obedeció y se acomodó junto a la anciana.

—¿Ves esa talla de ahí?

—Sí.

—Pues representa a San Nicolás de Bari. Fue un santo que vivió hace muchos, muchos años, en el siglo IV. Se convirtió en obispo de Mira, que es una ciudad que está en Licia, en la lejana Turquía, y años después sus restos fueron trasladados a Bari, que está en Italia. Por eso se le conoce como San Nicolás de Bari en lugar de San Nicolás de Mira.

—¿Y los tres niños que están dentro del barril?

—Esos niños estaban muertos y él los hizo regresar a la vida. Iban a ser convertidos en filetes.

—¿Y cómo es posible si estaban muertos?

—Porque un hombre malvado los asesinó, los descuartizó, los metió en un barril con sal y puso la carne a la venta. Pero San Nicolás de Bari, que pasaba por allí, preguntó: "¿Y esa carne? ¿De qué animal procede?". Y el malhechor contestó: "De un venado que he matado esta mañana". El santo desconfió e insistió: "¿Seguro? ¡Qué extraño! Por aquí no hay venados".

—¿Y qué pasó después?

—Que el santo se acercó al barril, lo tocó y los niños resucitaron.

—¡Pero eso no puede ser!

—Pues lo fue. Y como te gusta tanto esta historia, algún día esa talla será para ti.

Esta es una de esas narraciones que nos hablan, aunque de soslayo, de la antropofagia. Recuerdo que cuando el doctor Manuel Moros me comentó que estaba finalizando un ensayo sobre esto, le expliqué que era un tema muy complicado para un libro y que quizá tardaría en hallar editor. Afortunadamente me equivoqué, porque lo encontró enseguida.

El motivo principal de mi augurio fallido es que la gente prefiere cerrar los ojos ante noticias como la del "poeta caníbal" —así bautizó la prensa mexicana a José Luis Calva Zepeda, sospechoso de la muerte de ocho mujeres—. Cuando fue detenido, Zepeda tenía colgada de la pared de su apartamento una foto de Anthony Hopkins con bozal en su caracterización cinematográfica de Aníbal Lecter.

La policía irrumpió en su domicilio de Ciudad de México y encontró el cuerpo mutilado de su novia que había desaparecido poco antes. Varias partes de la víctima estaban esparcidas por

diferentes lugares de la casa: el congelador, una olla que bullía al fuego, una caja de cereales… Este aprendiz de literato llevaba escritas más de cien páginas de una novela sobre canibalismo y se suicidó en la cárcel en diciembre de 2007 antes de llegar a ser juzgado.

Como bien explica Manuel Moros en la última parte de su obra, a pesar de la repulsa que provoca la antropofagia, tabú en nuestra sociedad, triunfan películas como *La matanza de Texas*, *Ravenous* o *Grimm Love Story*, todas ellas, por cierto, inspiradas en hechos reales. Se me ocurre que quizá sí deseemos conocer estos datos, pero tal vez queramos hacerlo bajo el marco de la "ficción" —cómodamente sentados en una butaca y con una bolsa de palomitas en la mano— para no tener que plantearnos cuestiones incómodas.

El ensayo de Manuel Moros viene a llenar el vacío que existía en nuestro país sobre este peliagudo tema y es uno de los más documentados que he leído. A pesar de su temática, no puedo ni quiero dejar de recomendárselo.

Por cierto, casi se me olvidaba decirles que atesoro con gran cariño esa pequeña talla de San Nicolás que ahora ocupa un lugar de honor en mi estantería. ¿Sabían que la vida de este obispo dio origen a la figura de Santa Claus? Pues sí, pero esa ya es otra historia.

Clara Tahoces. Redactora-Jefe *Más Allá*
www.claratahoces.com
Madrid, 7 de enero de 2008.

Introducción

El canibalismo es la práctica de comer individuos de la propia especie. Generalmente, se usa el término para designar el acto en el que seres humanos devoran a otros seres humanos, aunque lo correcto sería llamarlo *antropofagia,* pues tal conducta ha sido observada también en el mundo animal. El nombre deriva del griego *ánthropos,* "hombre", y de *fagein,* "comer". El término "caníbal" se popularizó a partir del descubrimiento de América, ya que Colón oyó de los primeros indígenas que encontró que los pueblos *caribes* eran comedores de carne humana, y de la corrupción de esta voz nació la palabra "caníbal". Por ello, los comedores de carne humana de las antiguas civilizaciones suelen denominarse *antropófagos,* mientras que los más cercanos en el tiempo reciben el nombre de *caníbales*.

La palabra "canibalismo" lleva aparejada una idea de crueldad que repugna a cualquier sensibilidad. Golpea nuestra imaginación como un tambor de la selva, evocando pesadillas de horror primigenio, de espantoso salvajismo, de miembros mutilados y de sangrientos altares presididos por horribles ídolos paganos. Se considera el último tabú, el definitivo, una práctica atroz que atenta

contra las leyes de Dios y de la Naturaleza y que solo en circunstancias muy concretas puede ser permitida por cualquier sociedad que se precie de ser civilizada. Los prejuicios inculcados en el inconsciente colectivo durante siglos hacen que habitualmente asociemos las prácticas caníbales a una determinada área geográfica, e incluso a una raza en concreto. Ello se debe a que, considerado un rasgo distintivo o atributo del *salvajismo,* el canibalismo fue usado como justificación moral de la colonización y como un pretexto para la codicia imperialista. Los pueblos naturales eran degeneraciones de la humanidad, servidores del diablo, con costumbres indecentes y crueles como la sodomía, la poligamia y el mismo canibalismo, por lo que su exterminio estaba tan justificado como la destrucción de los animales dañinos. Los caníbales comían carne humana por simple glotonería y metían en la olla a todos los simpáticos exploradores y pacíficos misioneros que caían en sus manos, incluso a sus propios padres, esposas e hijos.

Millones de nativos llamados *caníbales* (con motivos o sin ellos), fueron aniquilados o reducidos a la esclavitud, y sus riquezas, expoliadas en nombre de una supuesta civilización. Sin embargo, la observación atenta de los diferentes pueblos de la Tierra permite hoy asegurar que ninguna raza, pueblo o grupo geográfico importante de la Humanidad ha estado exento de practicar el canibalismo en el pasado. Gracias al perfeccionamiento de los métodos de análisis osteológicos, la investigación paleontológica ha aportado pruebas que confirman la existencia de un canibalismo prehistórico. Los huesos partidos y roídos hablan claramente allí donde no hay documentos históricos.

De nuestro pasado caníbal han sobrevivido miedos y conceptos que ningún desarrollo cultural ha conseguido extirpar por completo. Podemos seguir su rastro a través de relatos mitológicos, fábulas, novelas, películas, canciones y cuentos para niños. Desde *Hansel y Gretel* a la saga de *Hannibal el Caníbal,* desde Homero hasta Edgar Allan Poe, desde el marqués de Sade hasta *Holocausto caníbal,*

desde Shakespeare a Marilyn Manson. El mito del vampiro no es sino una variante del canibalismo, donde lo que se absorbe es el fluido vital vehiculizado en la sangre. Y lo mismo podría decirse de las películas de zombis hambrientos de carne humana. Nuestro mismo lenguaje está repleto de expresiones caníbales. Decimos de alguien que "está muy buena" (o muy bueno), o que "está para comérselo"; llamamos a la persona amada "bomboncito" o "pichoncita mía" o le decimos "eres muy dulce". En lenguaje vulgar utilizamos las expresiones "comerse algo" o "comerse un rosco" que significan tanto ligar como consumar el coito, y "comer(le a alguien) el coño" (o el culo, o la polla o las tetas). Y si pasamos del afecto al odio, expresiones como "¡Soltadme, que me lo como!", o "¡Te como el hígado!" (o el corazón, o los sesos) no implican materialmente lo que dicen, pero denotan una agresividad extrema. Expresiones de admiración como "Se lo comió con patatas" significan la victoria de uno de dos contrincantes, bien sea en combates dialécticos o físicos de cualquier tipo. También para hacer ver a alguien que no deseamos que nos imponga sus ideas, le decimos "¡No me comas el tarro!".

Incluso la religión cristiana, que con tanta saña intentó erradicar el "vicio" de la antropofagia de los paganos, está basada en un concepto caníbal: la ingestión de pan y vino transubstanciados en el cuerpo y la sangre de Cristo tras la consagración. Por ello, los primitivos cristianos fueron acusados de realizar prácticas caníbales en diferentes momentos de su historia, acusación que ellos mismos aplicaron posteriormente a otros grupos marginales o contrarios a sus creencias como forma de colocarlos en los límites de la sociedad y la Humanidad.

A lo largo de la Historia, se han intentado dar explicaciones tanto al hecho de que los seres humanos se hayan devorado entre sí desde el principio de los tiempos como a que dejaran de hacerlo. Hay interpretaciones materialistas, psicológicas y culturales, y cada una de ellas rechaza las conclusiones que las demás ofrecen. También hay quien niega que el canibalismo se haya

practicado nunca de forma generalizada en ninguna comunidad humana, afirmando que todo fue un pretexto para la codicia imperialista; que todas las acusaciones de canibalismo provenían siempre del poder que quería arrebatarles sus bienes a los nativos o de historiadores interesados en desprestigiarlos. Esta fue la tesis defendida por el antropólogo William Arens en su polémico libro *The man-eating myth* (1979), donde consideraba la bibliografía caníbal sesgada y de segunda mano, afirmando que no existía ninguna evidencia etnográfica o histórica que apoyara el hecho de que el canibalismo hubiera sido una costumbre socialmente aprobada en alguna parte del mundo.

Sin embargo, las evidencias aportadas por antropólogos, paleontólogos, genetistas y bioquímicos son demasiado numerosas. Ya no se plantea dudar de la existencia del canibalismo, sino determinar cuál fue su verdadera magnitud y cuáles fueron los motivos de esta conducta.

Numerosos pueblos abandonaron esta práctica desde el amanecer de su historia, mientras que otros la mantuvieron, glorificándola y consagrándola. Se ha señalado el aislamiento de las comunidades caníbales como una de las causas principales de la persistencia de la antropofagia. Tras los exploradores llegaron los colonizadores y los misioneros. Sin embargo, no fueron siempre las presiones de los conquistadores o el celo de los religiosos lo que ocasionó la extinción de esta práctica; hay pueblos que por sí mismos, sin injerencias extranjeras, acabaron con sus costumbres caníbales. Desconocemos quiénes fueron el primer y el último caníbal.

El canibalismo no es un fenómeno unitario, sino que varía tanto en lo que se refiere a su contenido cultural como a su significado. Dependiendo del tiempo y de la sociedad, puede quedar definido como un acto monstruoso y antinatural que atenta contra la comunidad o como un sagrado deber moral en interés del bienestar de todos. Por ello se habla de diferentes tipos de caniba-

lismo, desde el canibalismo de supervivencia al canibalismo patológico. Todos serán abordados en este libro.

Así que, si es su deseo, acompáñeme en este *tour* alrededor del Mundo Caníbal. Viajaremos desde las nevadas cumbres de los Andes a las paradisíacas islas de los Mares del Sur, desde las impenetrables junglas africanas al Tenochtitlán de los aztecas, desde el salvaje Oeste a los campos de concentración nazis…

Y no se preocupe. Le garantizo que después de nuestro viaje le dejaré, sano y salvo, en el portal de su casa, a tiempo de ver en su televisor de plasma la última carrera de Fórmula 1. Podrá olvidar el horror vivido, o pensar que todo esto nunca existió. La mayoría lo hace. Tal vez se encuentre en el portal con ese viejecito solitario tan amable que le abrirá la puerta del ascensor. Cuando suban hablarán de lo raro que está el tiempo. Pero no se confíe. Tal vez, en ese momento, el viejecito esté pensando lo placentero que le resultaría comer su carne acompañada de un buen vino…

¡Que aproveche!





CANIBALISMO DE SUPERVIVENCIA

La única ocasión en que puede eludirse el estricto tabú moral que se ha ido construyendo en Occidente en torno a la práctica del canibalismo es cuando este constituye el último recurso para sobrevivir a condiciones extremas; cuando las únicas opciones son comer la carne de otro ser humano o morir de hambre. Se dice que cuando el estómago habla, la moral calla. Los imperativos categóricos y las reglas de la moral ceden ante la necesidad alimentaria y el instinto vital. La inanición es un enemigo muy cruel.

El escenario y los actores cambian. Puede tratarse de un grupo de seres humanos aislado en una región remota e inhóspita, una ciudad sitiada privada de toda posibilidad de abastecimiento o unos náufragos perdidos a la deriva en la inmensidad del océano. Pero el drama representado siempre es el mismo: el hombre contra los elementos, el hambre y la sed, nada que comer salvo carne humana, nada que beber salvo sangre humana… y el deseo de seguir viviendo. El canibalismo practicado como último recurso en situaciones límite. Ya Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de

los despojos de seres humanos para cualquier cosa que fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento, si era necesario.

El cuerpo resiste la falta de alimentos deshaciendo sus propios tejidos y usándolos como fuentes de calorías, *comiéndose* a sí mismo. Como resultado, los órganos internos y los músculos se lesionan progresivamente y la grasa corporal desaparece. Los signos más obvios de la inanición son el desgaste de las áreas donde el cuerpo almacena la grasa en condiciones normales, la reducción del volumen muscular y la constatación de huesos protuberantes. La piel se vuelve delgada, seca, poco elástica, pálida y fría. El cabello se hace frágil y se cae con facilidad. Todos los sistemas del organismo se ven afectados (el cerebro, el corazón y los pulmones son los últimos en claudicar) y la muerte se produce a las ocho o doce semanas. Sin embargo, el agua es más importante que la comida: diez días sin beber agua llevan indefectiblemente a la muerte.

Un ejemplo clásico de canibalismo de supervivencia son los naufragios. Las medidas brutales y desesperadas que los seres humanos han adoptado para salvar sus vidas no son infrecuentes en la historia marítima. Cuando no existían la radio, los GPS, los móviles ni los equipos de rescate y un barco naufragaba, la única posibilidad de que los ocupantes de los botes salvavidas lograran sobrevivir era que otro barco se cruzara con ellos, y esto no siempre ocurría. Los escasos víveres que hubieran podido salvarse iban agotándose poco a poco. Los náufragos se encomendaban entonces a Dios, a los vientos, a los imprevistos del viaje… Pero pronto la necesidad se convertía en ley. Entonces algunos ocupantes eran arrojados al mar para disminuir el número de bocas hambrientas o se devoraba a quienes iban falleciendo de inanición. En otras ocasiones se recurría a la terrible *Costumbre del Mar*, según la cual debía decidirse a suertes quién debía ser sacrificado para que los demás pudieran seguir viviendo.

El primer caso notificado de unos náufragos que, acuciados por el hambre, debieron recurrir a la espantosa *Costumbre del Mar* ocurrió entre 1629 y 1640 (fue publicado en 1641). En aquella ocasión, siete ingleses partieron de la isla holandesa hoy conocida por St. Kitts, en el Caribe, para una travesía que debía durar una única noche. Una tormenta los dejó a la deriva durante 17 días. Sin comida ni agua, se echó a suertes quién debía ser sacrificado y quién sería su ejecutor. El destino quiso que sacara la pajita más corta quien había sugerido la idea. La víctima asumió su papel con total serenidad; su sangre fue bebida y su carne comida por sus compañeros. Cuando finalmente consiguieron llegar a la isla de St. Martin fueron acusados de homicidio, pero el juez los absolvió, ya que consideró que el motivo de su crimen había sido "una inevitable necesidad".

El ejemplo más conocido de náufragos caníbales es el de la balsa de *La Medusa,* pues fue inmortalizado por el pintor Théodore Géricault en su célebre lienzo expuesto en el Louvre.

Una vez vencido Napoleón, Inglaterra restituyó a Francia algunas de las colonias estratégicas que le había arrebatado, entre ellas la de Saint-Louis, en Senegal. Con el fin de restaurar tan pronto como fuera posible su presencia en la colonia, Francia envió a toda prisa un contingente civil, científico y militar formado por cuatro navíos: el bergantín *L´Argus,* las corbetas *L´Echo* y *La Loire* y la fragata *La Medusa*. Los barcos zarparon el 17 de junio de 1816 bajo las órdenes del marqués Huges Duroy de Chaumareys, un aristócrata incompetente que llevaba 20 años sin pisar la cubierta de un barco y al que se encargó capitanear *La Medusa*.

En su afán por llegar antes que nadie, el capitán perdió el rumbo y encalló el barco en el banco de arena de Arguin, frente a la costa oeste de África mientras los otros tres barcos que habían dejado atrás seguían la ruta de rodeo, esperando encontrar a *La Medusa* en Saint-Louis. La costa se hallaba a unas 50 millas, a

poco más de un día de travesía, pero el número de tripulantes del barco era de 395, mientras que la capacidad de los botes salvavidas solo era de 250. Por lo tanto, se decidió aligerar al barco de su carga y esperar la subida de la marea para arrastrarlo a aguas más profundas mediante cabrestantes unidos a los botes. En un intento de no perder las mercancías y los cañones, el coronel Désiré Schmaltz (futuro gobernador de la colonia), propuso construir con la madera del propio barco una plataforma flotante de almacenamiento. La alternativa era que, si a pesar de todo, no se lograba arrastrar *La Medusa* fuera del banco, los pasajeros excedentes embarcarían en dicha plataforma, que sería arrastrada por los botes hasta la costa. La balsa se construyó precipitadamente, y a consecuencia de la torpeza con que se clavaron las tablas, presentaba grandes huecos sin cubrir a través de los cuales se veía el agua del mar. Se bautizó como *La Machine*.

Sin embargo, un temporal causó graves daños a *La Medusa* y la fragata tuvo que ser abandonada. Los pasajeros de clase más acomodada llegaron a pagar hasta 5.000 francos por asegurarse un pasaje en los botes mientras *La Machine* era cargada con el equipo básico de supervivencia para quienes embarcaran en ella: barriles de agua dulce y de vino, sacos de harina, galletas, cecina, mantas, equipos de vela… Las mujeres, los niños, el personal civil y unos pocos soldados y tripulantes elegidos por sorteo embarcaron en los botes, mientras que 147 soldados armados y marineros lo hicieron en la balsa después de que, para evitar la posibilidad de un motín, se comprobara que ninguno de los marineros llevaba armas. 17 hombres decidieron quedarse en *La Medusa*. Cuando apenas había 80 hombres a bordo, la balsa empezó a hundirse, por lo que un considerable número de toneles y gran parte de los sacos de galletas fueron arrojados al mar. Solo quedaron cinco barriles de vino, una pequeña barrica de agua dulce, una caja con 30 botellas y un saco de bizcocho con cecina. A pesar de aligerar la carga, cuando todos los hombres fueron

embarcados, la balsa volvió a hundirse casi un metro bajo el agua. El nivel del mar llegaba hasta la cintura de aquellos infortunados que, totalmente hacinados, suplicaban al almirante que no les abandonara allí. Sin embargo, el tren de remolque se puso enseguida en marcha. La cantinera, al ver a su marido en estas pésimas condiciones, se arrojó al mar desde su bote para reunirse con él a bordo de la balsa. Era el 5 de julio de 1816. Una fecha para el Horror.

Pronto se vio que el plan estaba condenado al fracaso. La gigantesca masa de *La Machine* se impuso sobre el resto de las embarcaciones y comenzó a arrastrarlas mar adentro. Los ocupantes de los botes cortaron las amarras de enganche y dejaron a la balsa a la deriva, sin remos ni instrumental de navegación y con una única vela como medio de impulsión, mientras los gritos de 147 condenados resonaban en medio del océano…

Durante la primera noche, 18 hombres murieron ahogados horriblemente, con sus piernas atrapadas en los cepos que constituían los huecos entre las tablas, ocultos bajo el agua. Otros ocho se suicidaron, cortándose las venas o arrojándose al mar para poner fin a su sufrimiento. Al día siguiente, algunos marineros se amotinaron y se entregaron a una frenética orgía de vino. Por la noche, en medio de un horrible temporal, se abalanzaron sobre los oficiales armados con cuchillos que habían ocultado entre sus ropas para hacerse con las escasas provisiones. La lucha terminó sin un vencedor claro, y cada uno de los bandos se retiró a un extremo opuesto de la balsa. 65 hombres murieron o desaparecieron esa fatídica noche, y casi la totalidad presentaban heridas de arma blanca. Solo 52 tripulantes de la balsa seguían vivos dos días después.

El 7 de julio, con las provisiones agotadas, los marineros comenzaron a cortar tajos de carne de los cadáveres para comérselos. Su propósito era recuperar las fuerzas para hacerse con *La Machine*. Sabían que, aun en el improbable caso de que se salva-

ran, su destino era la horca, pues era el castigo por amotinarse. Troceaban la carne en grandes tiras y las dejaban secar al sol en cualquier parte de la balsa. La insoportable sed hizo que se bebieran su propia orina. Pronto, los soldados también debieron recurrir a comer la carne de los muertos para no quedar en inferioridad física frente a sus oponentes.

Después de la tercera noche, *La Machine* parecía salida del mismísimo infierno. Los 27 supervivientes, horriblemente mutilados o enloquecidos por el hambre, la sed y el sol compartían la plataforma con montones de cadáveres que se pudrían al sol. Los más débiles (entre ellos la cantinera), fueron asesinados sin piedad, reservándose cuatro como *provisiones*.

Mientras tanto, la noche del 9 de julio, los botes habían encontrado a la corbeta *L´Echo* fondeada en la rada de Senegal. Cuando supo lo ocurrido, su capitán decidió enviar al *Argus* en misión de rescate.

Milagrosamente, el *Argus* encontró los restos de la balsa cuando ya había abandonado su búsqueda y tenía como único propósito encontrar *La Medusa*. Era el 17 de julio, 13 días después de que la fragata fuese abandonada.

Aun a una legua de distancia, la brisa marina llevó hasta los marineros del bergantín un insoportable hedor. Cuando se acercaron más pudieron contemplar un cuadro espantoso, que parecía surgido de la más horrenda de las pesadillas. La totalidad de la balsa, teñida por una capa de sangre seca, apestaba a carne putrefacta y pedazos de carne de los cadáveres ensartados en astillas servían de comida para los pájaros carroñeros. Más que seres humanos, los 15 supervivientes parecían cadáveres desollados. Cuando el último fue subido a bordo, el capitán del *Argus* ordenó quemar el escenario de aquel horror. A pesar de los cuidados que se les prodigaron en Saint-Louis, cinco sucumbieron en poco tiempo, de manera que de los 147 que se embarcaron en el fatal viaje, solo diez sobrevivieron para revelar al mundo en sus horro-

rosos relatos la cantidad de sufrimientos y penurias que puede acumular un ser humano en tan solo 13 días.

El 26 de agosto el *Argus* encontró los restos de *La Medusa*. De los 17 hombres que decidieron permanecer a bordo solo encontraron a tres con vida.

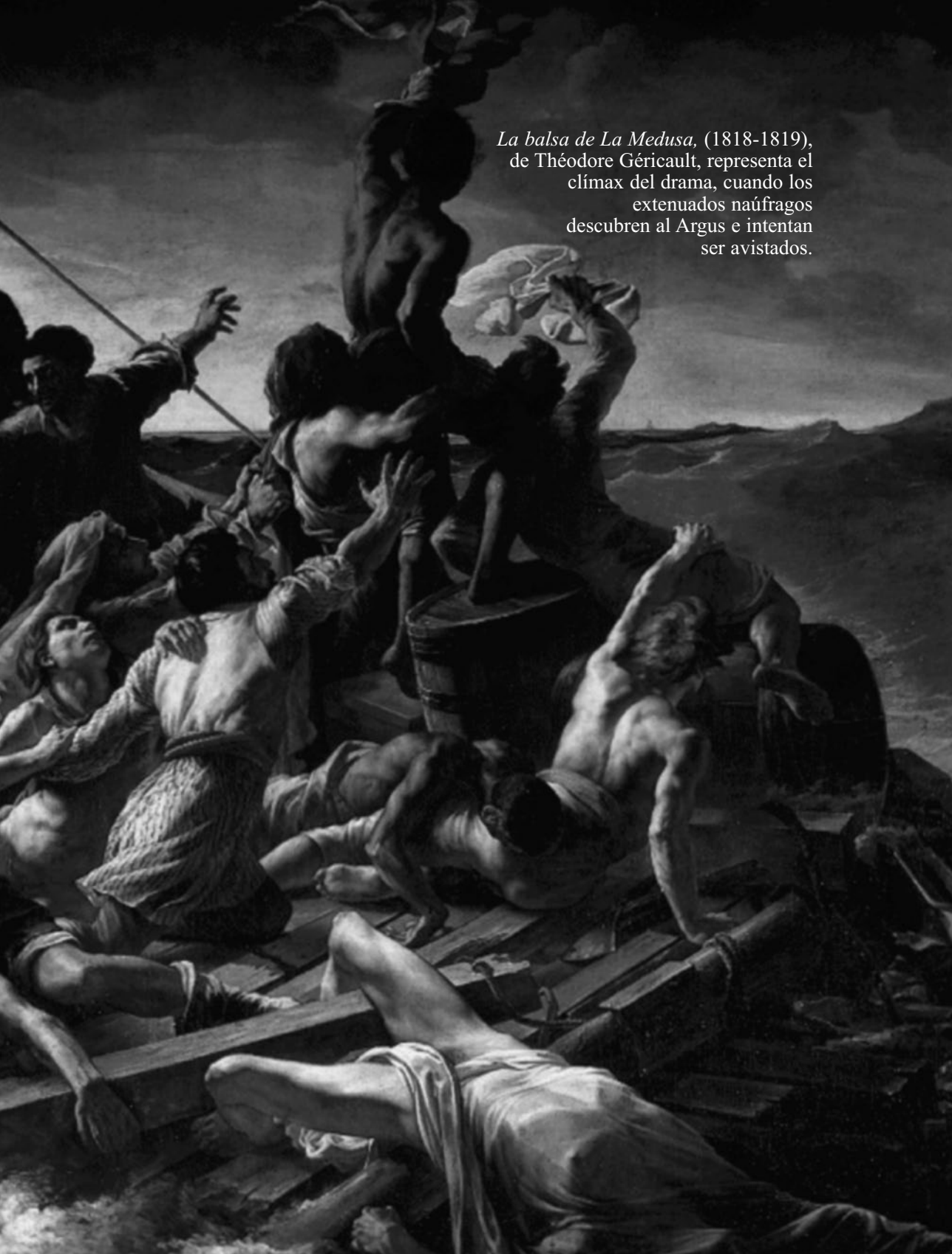
Uno de los supervivientes de la balsa, el cirujano Henri Savigny, dio cuenta a las autoridades. Su detallado informe fue filtrado a la prensa y el escándalo estalló en Francia. A pesar de que las autoridades intentaron ocultarlo, Chaumareys fue finalmente juzgado en Port de Rochefort. El 3 de marzo de 1817 fue considerado culpable de encallar el barco y de abandonarlo dejando tripulantes a bordo. Sin embargo, fue absuelto del cargo de abandonar *La Machine,* ya que se consideró que había intentado de forma reiterada reanudar el arrastre pese a que algunos botes ya habían cortado las amarras y se alejaban de la zona. Fue inhabilitado para prestar cualquier servicio en buques franceses y condenado a permanecer tres años en prisión.

El *Peggy* partió de las Azores el 24 de octubre de 1765 con destino a Nueva York llevando en su bodega un cargamento de vino y coñac. Su tripulación estaba formada por el capitán, ocho hombres y un esclavo negro.

El 29 de octubre se desató un violento temporal que azotó al barco durante semanas y lo dejó a la deriva. Los alimentos y el agua fueron racionados. Después, la tripulación se bebió todo el vino y el coñac, se comieron los animales que llevaban a bordo (dos palomas y el gato del capitán), percebes arrancados del casco del barco, tabaco, el aceite de las lámparas, velas y todo el cuero que pudieron encontrar (incluido el de sus zapatos). Y al final, ya no hubo nada más que comer...

El 13 de enero los marineros se presentaron en el camarote del capitán y le comunicaron que habían decidido que uno de ellos debía ser sacrificado para alimentar al resto. El capitán se mostró de acuerdo. Casi inmediatamente, los hombres volvieron y





La balsa de La Medusa, (1818-1819), de Théodore Géricault, representa el clímax del drama, cuando los extenuados naúfragos descubren al Argus e intentan ser avistados.

le informaron de que el desdichado era el esclavo. Fue ejecutado de un tiro en la cabeza.

El hecho de que el capitán no asistiera al sorteo hace pensar que, probablemente, nunca tuvo lugar, y que el negro estaba condenado de antemano. Revisando los casos en que los supervivientes de un naufragio dijeron haber tenido que recurrir al macabro sorteo, no deja de resultar curioso que la mala suerte pareciera cebarse tanto en negros u otras minorías étnicas como en grumetes, lo que hace dudar de la legalidad del sorteo e incluso pensar que este nunca tuvo lugar. Evidentemente, en estos casos, solo existía una versión del suceso.

Uno de los marineros se comió su hígado crudo, algunas partes fueron cocinadas y el resto puesto en conserva. La cabeza y los dedos fueron arrojados por la borda. Desechar la cabeza, las manos y los pies formaba parte de la *Costumbre del Mar*. Probablemente, su intención era no consumir las partes más humanas de la víctima.

El marinero que se comió el hígado enloqueció y murió. Sus compañeros, pensando que podían contagiarse si se alimentaban con su carne, lo arrojaron por la borda. Estuvieron alimentándose con la carne del esclavo hasta el 26 de enero. El día 29 se decidió un nuevo sorteo. En esta ocasión, le tocó a David Flatt, el marinero más apreciado por toda la tripulación, lo que causó un gran *shock*. Flatt pidió tiempo para prepararse para morir, y todos estuvieron de acuerdo en retrasar la ejecución hasta la mañana siguiente.

Durante la noche, presa de espantosos pensamientos, Flatt primero se quedó sordo, y después se volvió loco. Por la mañana, mientras los marineros preparaban un fuego donde asar su carne, vieron un barco que se dirigía hacia ellos. Fueron rescatados y llevados a Dartmouth el 2 de marzo. Dos de los tripulantes del *Peggy* murieron durante la travesía, así que solo sobrevivieron el capitán y tres marineros, entre ellos el desdichado Flatt, que nunca más recuperó el juicio.

Los 20 marineros del ballenero *Essex,* capitaneado por George Polland, también tuvieron que recurrir a la *Costumbre del Mar* después de permanecer varios meses a la deriva en los botes de salvamento en una espantosa singladura a lo largo de 4.500 millas. El 20 de noviembre de 1820, el *Essex* fue atacado por un cachalote de más de 27 metros de largo y unas 60 toneladas de peso y se fue a pique, a mitad de camino entre las islas Hawai y las Galápagos, mientras los botes estaban cazando lejos de él. Se dice que el cetáceo atacó al barco intencionadamente, y que este hecho inspiró a Herman Melville su *Moby Dick o la ballena blanca* (1851).

Antes de que se hundiera, los marineros pudieron rescatar del barco pan, agua fresca, clavos para los botes, un mosquete, una pistola, pólvora y algunas velas. Sin embargo, no pudieron recuperar las cartas ni los instrumentos de navegación. El 22 de noviembre partieron en tres botes, cometiendo el trágico error de intentar alcanzar el continente en lugar de dejarse llevar por los vientos alisios hasta las Islas Marquesas, ya que temían ser devorados por los caníbales que, según se creía, habitaban la región. Poco imaginaban que ese, igualmente, sería el fatídico destino de algunos de ellos…

Durante las primeras semanas comieron el pan, se mojaron los labios con agua de mar, se bebieron su propia orina y, ocasionalmente, comieron algunos peces voladores que cayeron en los botes. El 20 de diciembre llegaron a la isla Henderson, que estaba deshabitada. Después de acabar con sus escasos recursos alimenticios, el 27 de diciembre los ocupantes de los botes decidieron hacerse de nuevo a la mar, dejando atrás a tres hombres que prefirieron quedarse en la isla y fueron finalmente rescatados.

"Casualmente", entre el 23 y el 28 de enero, cuatro tripulantes de color murieron y sus cuerpos fueron devorados. Después se echó a suertes quién debía ser sacrificado, y resultó ser Owen

Coffin, el joven grumete y primo hermano del capitán, que no tenía responsabilidades familiares.

El 23 de febrero fueron rescatados por el ballenero *Indian,* de Londres. Nadie dudó de la versión de los supervivientes ni se les reprochó nada: el sorteo había sido limpio y el resto de las muertes se había debido a causas naturales. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en el caso del *Mignonette*.

El yate inglés zarpó de Falmouth con destino a Sidney (Australia), el 19 de mayo de 1884 con cuatro tripulantes a bordo: el capitán Tom Dudley, Edwin Stephens, Edmund Brooks y el grumete Richard Parker. El 5 de julio el *Mignonette* se hundió debido al mal tiempo cerca del cabo de Buena Esperanza. Los marineros solo pudieron rescatar unas cuantas latas de nabos y la costa de Sudamérica se encontraba a más de 2.000 millas.

Entre los marineros es un hecho conocido que, aun en la más desesperada de las situaciones, no se debe beber agua de mar. La concentración de sal en nuestras células es de 3 gramos por litro, mientras que en el agua del mar es de 30. Beber ese agua puede causar deshidratación, graves problemas renales y la muerte. Sin embargo, el día 20 de julio, el joven grumete empezó a hacerlo. Se deshidrató y entró en un estado de coma. Sus compañeros valoraron el hecho de que todos tenían familias menos Parker, así que el 24 de julio Dudley propuso que si al día siguiente no divisaban ninguna vela en el horizonte y el joven seguía vivo, lo matarían para poder beber su sangre y alimentarse con su carne. Brooks no estaba de acuerdo. Los demás, sí.

El 25 de julio el horizonte estaba tan desierto como el día anterior. Dudley rezó una oración, se fue hacia Parker con un cuchillo y le cortó la garganta.

Todos comieron de la carne de Parker hasta que cuatro días más tarde fueron rescatados por el barco alemán *Moctezuma,* que les llevó a Falmouth. A su llegada, el capitán aportó los detalles sobre la muerte del grumete, alegando que había sido necesaria

para salvar la vida del resto; que la alternativa era que murieran todos y que Parker iba a morir de todos modos.

A pesar de tener la opinión general a su favor, todos fueron juzgados en la ciudad de Exeter por asesinato. El juez encargado del caso, John Walter Huddleston, pensó que la notoriedad alcanzada por el suceso le sería muy útil para sus aspiraciones políticas. En su libro *Cannibalism and the common law* (1984), Simpson le describe como un hombre autoritario, capaz de persuadir a los jurados para que tomaran la decisión que él consideraba correcta. En este caso era que nadie debería matar a nadie aunque este acto fuera algo absolutamente imprescindible para salvar su propia vida. Evidentemente, el oportunista juez jamás se había visto en tan dramática situación.

Aunque los propios familiares de Parker defendieron a los acusados, Dudley y Stephens fueron condenados después de que Brooks testificara en su contra. La sentencia decía que no existía suficiente necesidad para el asesinato, y consideraba la acción como inconsistente con la moral de las sociedades civilizadas. El castigo era la muerte.

En el último momento, la reina Victoria les conmutó la pena por seis meses de prisión. Después de cumplir la condena, el capitán emigró a Australia, donde dirigió un negocio y murió el 19 de febrero de 1900, víctima de la peste bubónica.

El caso del *Mignonette* es el único en el que unos caníbales ocasionales con motivos más que justificados fueron condenados por las autoridades judiciales, pero las razones fueron políticas y la sentencia finalmente reconsiderada. A excepción de este caso, todo el mundo parece comprender fácilmente la necesidad de garantizar la supervivencia de un grupo a expensas de la eliminación de alguno de sus integrantes, cuya muerte se convierte en un acto de defensa propia, en un homicidio justificable. De cualquier modo, el caso del *Mignonette* sigue estudiándose y debatiéndose en las facultades de Derecho del Reino Unido y los Estados Unidos.

Ya en tierra firme, también tuvieron que recurrir al canibalismo de supervivencia los habitantes de las ciudades sitiadas. En la Antigüedad era una táctica militar muy frecuente cercar las ciudades y rendirlas por el hambre. Peteleia, Alesia, Numancia, Sagunto y Calahorra fueron escenarios de este horror, de esta táctica tan "civilizada".

Numancia fue sitiada por Escipión durante nueve meses, desde septiembre de 134 al verano de 133 a.C. Cuando el hambre se hizo insoportable, cuando había sido devorado todo lo comestible, se descuartizó a los muertos y moribundos, después a los enfermos y por último a los débiles. Finalmente, sus habitantes prefirieron el suicidio antes que entregarse. La caída de Numancia se convirtió en una de las grandes epopeyas de la historia ibérica, inmortalizada por Cervantes en su tragedia del mismo nombre.

Lo mismo ocurrió en Calahorra, sitiada por Pompeyo y Metelo en el 72 a.C. Según la crónica de Salustio, sus habitantes prefirieron devorar a sus muertos antes que rendirse, generando la leyenda de la *fames calagurritana.*

También en Francia, en el siglo XVI, durante las guerras de religión, tanto en Sancerre como en París, una vez devorados animales, pergaminos, sebo y grasa, se desenterraron muertos y se trituraron para hacer *el pan de madame Montpensier*. Todos los que comieron de él murieron. Finalmente, incluso las madres se alimentaron con la carne de sus hijos, como recoge Voltaire en el terrible canto décimo de la *Henriada:*

> Muere, antes de sentir mis males y tu miseria:
> Devuélveme la vida, la sangre que te ha dado tu madre;
> que mi seno desdichado te sirva de sepultura,
> que por lo menos, vea París un nuevo crimen.
> Y acabando estas palabras, furiosa, pierde
> en el costado de su hijo su mano desesperada
> hunde temblando el acero parricida:

Lleva el cuerpo ensangrentado junto al hogar;
y con el brazo que guía el hambre sin piedad
prepara ávidamente esta comida pavorosa…

En 1871, cuando los alemanes sitiaron París, un carnicero vendió carne humana en su tienda de la isla de Saint Louis. El hecho no se supo hasta más tarde, cuando la carnicería había adquirido una gran reputación por la calidad de su género.

Pero no hace falta retroceder tanto en el tiempo. Los interminables 900 días de sitio que sufrió la antigua capital rusa, Leningrado, durante la Segunda Guerra Mundial, constituyen un episodio único en la Historia de la Humanidad. Cuando, en septiembre de 1941, el ejército del Tercer Reich aisló la ciudad, tres millones de seres humanos quedaron atrapados en un gigantesco cepo. Frente a ellos no se alzaba otra expectativa que el hambre y el sufrimiento. La ciudad estaba inerme frente a los alemanes.

Para finales de diciembre casi no quedaban gatos ni perros en la ciudad, ni palomas en la plaza de la catedral de Kazán. Todos habían sido comidos. Los niños crecieron sin saber lo que eran estos animales. Se dice que incluso las ratas habían desaparecido para enero. En la plaza del mercado se vendían vasos llenos de *tierra de Badayev,* excavada de los sótanos de estos almacenes incendiados por la aviación alemana, donde se habían derramado toneladas de azúcar derretido. Arrancaron el papel de las paredes y se comieron el engrudo, que supuestamente estaba hecho con tomates. Extrajeron la misma pasta de los lomos de los libros, o directamente bebieron cola. Cocieron los cinturones y los maletines de cuero para hacer gelatina, comieron hierbas, petróleo, lápiz de labios, especias, medicinas, abrigos de pieles, capas de cuero, tortas hechas con maquillaje facial, sopa de hojas de helecho y puré de ortigas…



Un famélico habitante de Leningrado sostiene en su mano lo que, probablemente, sería su único alimento durante varios días: un mendrugo de pan.

Los rublos carecían de valor; el pan era la moneda corriente. Desde joyas a cuerpos de mujeres o vidas de hombres; todo se vendía por un mendrugo de pan.

Pero entre los habitantes de Leningrado, pálidos como fantasmas y delgados como sombras, de vez en cuando pasaba un hombre o una mujer de piel sonrosada y mirada fría. Eran los caníbales.

Los rumores de canibalismo comenzaron a circular en otoño, y pronto las madres empezaron a prohibir a sus hijos que salieran a la calle. Se decía que eran más fáciles de atrapar, y que su carne era más tierna. También se decía que se habían creado "hermandades" de caníbales, que se reunían en exclusivos banquetes donde se servía carne humana fresca. Después de la carne de los niños, en segundo orden de preferencia iba la de las mujeres, pues aunque pasaban tanta hambre como los hombres, sus cuerpos tenían un poco más de grasa y su carne era más sabrosa.

Según algunos relatos, para noviembre ya se vendían en la plaza del mercado pastelillos de carne humana. En *Los 900 días. El sitio de Leningrado,* Harrison E. Salisbury cuenta que un ciudadano vio un montón de nieve ensangrentada donde habían sido arrojadas las cabezas de un hombre, una mujer y una niña. Muchos soldados que volvían del frente para llevar comida a sus hambrientos familiares también fueron víctimas de los caníbales, que los preferían por estar mejor alimentados. La policía creó una división especial para perseguirlos. Llegaron a detener y encarcelar a 260 de ellos, y se amenazaba a los sospechosos obstinados con encerrarlos en la *celda de los caníbales,* donde se devoraban unos a otros.

Daniel Leonidovich Andreiev vivió todo el cerco de Leningrado y plasmó en estos versos todo el horror allí vivido:

Todo lo hemos visto…
En la lengua rusa no hay palabras
para describir aquel loco invierno de guerra…
Cuando el Hermitage se estremecía con las bombas…
y se helaban las casas y reventaban las cañerías…
Cien gramos de ración…
Cadáveres en la Nevsky.
Y sabemos también lo que es canibalismo.
Todo lo hemos visto…

Un hecho que raramente se ve representado con sinceridad en los numerosos estudios sobre los campos de concentración nazis es que algunos de sus ocupantes debieron recurrir al canibalismo para sobrevivir. El hambre no existió en los campos de exterminio, como Auschwitz, Belzec, Solibor o Treblinka, auténticas fábricas de cadáveres. Como dijo el criminal Mengele: "Aquí se entra por la puerta y se sale por la chimenea". Sí existió, en cambio, en los llamados campos de concentración, destinados en principio únicamente a albergar a los prisioneros. Sin embargo, aunque aquí no se gaseara, las condiciones en que se encontraban los reclusos hacen que resulte difícil distinguir unos de otros pues, independientemente de los métodos utilizados, ambos eran mataderos de seres humanos, verdaderas antecámaras del infierno.

Tenemos muchos detalles de estas condiciones a partir de los informes de los médicos que examinaron a los supervivientes del campo de Bergen-Belsen, a 100 kilómetros de Hamburgo, el primero en ser liberado por los aliados occidentales. Estos informes fueron recogidos en revistas médicas, como los de Collins ("Belsen Camp: A preliminary report", publicado en el *British Medical Journal*), Lipscomb ("Medical aspects of Belsen concentration camp", publicado en *The Lancet*) y Mollison ("Observations of cases of starvation at Belsen", también en el

British Medical Journal). El campo se proyectó para encerrar a unos 10.000 prisioneros, pero en la segunda mitad de 1944 ya estaba superpoblado, y al desplomarse las fronteras con Polonia y ser enviados a Bergen-Belsen los cautivos de aquella zona, el número de reclusos llegó a 50.000. En este campo murió Ana Frank, la autora adolescente de un diario que dio la vuelta al mundo.

La política adoptada por los nazis en estos campos era no dar ninguna clase de atención a los prisioneros y dejar que murieran de hambre o enfermedad. En el campo de concentración, los prisioneros solo tenían un derecho: el derecho a morir.

Se estima que la media de pérdida de peso era de un 39% del peso previo a entrar al campo. Durante los meses anteriores a la llegada de los aliados, los prisioneros permanecieron completamente desatendidos, y durante una semana apenas dispusieron de agua. Eran alimentados únicamente con remolachas de las empleadas para alimentar al ganado, y 15 días antes de su liberación, solo en forma de sopa. Incluso cuando los alemanes ya se habían rendido, los SS dispararon a unos prisioneros que intentaron coger unas patatas.

En estas condiciones, solo el instinto de supervivencia prevalecía, y el único afán era encontrar algo que pudiera comerse, incluida la carne humana.

En el proceso contra los comandantes del campo, un testigo inglés que había ayudado a transportar los cadáveres describió así el horror:

> En muchas ocasiones me di cuenta de que en la parte superior del muslo de muchos cadáveres había una herida extremadamente notoria. Al principio creí que se trataba de heridas de arma de fuego, pero después de haberlas observado muchas veces pregunté a un compañero, quien me dijo que muchos prisioneros cortaban trozos de cadáveres para comer. En mi siguiente visita al depósito de cadáveres vi efectivamente cómo un



Prisioneros de Auschwitz. La imagen habla por sí misma.

> prisionero sacaba un cuchillo, cortaba un pedazo de carne del muslo de un cadáver y se lo metía en la boca con evidente miedo a ser visto. Dejo a su fantasía el representarse a qué condiciones debían de estar reducidos los prisioneros para llegar a cortar trozos de carne de cadáveres ennegrecidos y comérselos.

Markowski, un prisionero de guerra polaco que sirvió como cirujano en varios campos de concentración, contaba en "Some experiences of a medical prisioner of war" en *British Medical Journal* (1945), que en un campo alemán para prisioneros rusos había visto varios cadáveres a los que se les había arrancado carne. En su autobiografía, Rudolph Hoess, el comandante al mando de Auschwitz, ahorcado en 1947 por crímenes de guerra, cuenta:

> (…) Llevados por el primitivo instinto de la auto-preservación (los prisioneros rusos), llegaron a no importarse nada los unos a los otros, y en su egoísmo ahora pensaban solo en sí mismos. Los casos de canibalismo no fueron raros en Birkenau. Yo mismo vi el cadáver de un ruso entre pilas de ladrillos, al que se había destripado y arrancado el hígado. Se matarían a golpes entre ellos por comida…
>
> Cuando se excavaron los cimientos del primer grupo de edificios (de Auschwitz), los hombres encontraron a menudo cadáveres de rusos asesinados por sus propios compañeros, comidos parcialmente y después enterrados en el barro…
>
> Ya no eran seres humanos. Se habían convertido en animales que solo buscaban comida.

Realmente, resulta repugnante que quien se atrevía a tachar de animales a unos seres humanos desesperados fuera el responsable de un campo donde se llegó a asesinar a 22.000 personas al día. A los muertos se les arrancaban los dientes de oro, su cabello era vendido a una fábrica alemana de fieltro, su grasa se comercializaba para hacer jabón y sus cenizas eran utilizadas como fertilizantes agrícolas. Los prisioneros eran dignos de compasión. Sus verdugos, hombres como Hoess, merecedores del peor de los infiernos.

Siguiendo la ley del talión, los soviéticos tampoco aplicaron demasiado estrictamente las Convenciones de Ginebra a sus prisioneros de guerra. El 31 de enero de 1942, el mariscal alemán von Paulus se rindió en Stalingrado con cerca de 30.000 soldados, los restos de un ejército de 250.000 hombres. Unos 500.000 prisioneros, entre alemanes y sus aliados italianos, húngaros y rumanos, partieron rumbo a Siberia y fueron dispersados por más de 20 campos que se encontraban desde el Círculo Ártico a los desiertos del sur. En la mayoría de los casos, los rusos les dejaron morir de hambre. Entre febrero y abril de 1943, murieron más de 400.000. En Tambov, Krinovaia, Yelkabuga, Oranki, Susdal,

Vladímir y otros campos, los prisioneros se arrojaban sobre la escasa comida (coles, hogazas de pan helado e incluso basura) y se peleaban por ella, matándose unos a otros. En Krinovaia, un grupo de italianos recuperó excrementos de las letrinas, de donde extraían trigo y mijo sin digerir, que después lavaban y comían.

William Craig cuenta en *Enemy at the gates. The Battle for Stalingrad* (1973), que pronto empezó el canibalismo. En Susdal, el doctor Cristóforo Capone encontró cabezas humanas a las que habían extraído los sesos y torsos a los que faltaban el hígado o los riñones. Felipe Bracci vio cadáveres sin brazos o piernas.

Los gustos de los caníbales se fueron refinando. De devorar apresuradamente a los muertos, pasaron a organizarse en grupos que ayudaban a morir a los moribundos, desafiando a quien tratara de detenerlos. En Krinovaia, un soldado italiano corrió en busca de la ayuda del cura Guido Turla porque los caníbales habían seguido hasta un barracón la pista de sangre dejada por su hermano, herido de un tiro por un soldado ruso. Después de pasar ante cadáveres descuartizados, sin cabezas, con los brazos y piernas descarnados, encontraron un grupo de hombres aporreando la puerta del barracón. El cura increpó a los caníbales, que se alejaron cabizbajos, renunciando a su presa. A fin de cuentas, tenían millares a su disposición.

En otro barracón de Krinovaia, un italiano recientemente fallecido atrajo inmediatamente a los caníbales. Su hermano se interpuso y los expulsó. Durante todo la noche montó guardia junto al cadáver, mientras los caníbales le pedían que les dejaran hacerse cargo de él, ofreciéndose incluso a enterrar lo que quedara tras la macabra comida. Finalmente, cuando el hermano comenzó a mostrar señales de agotamiento, los caníbales se apoderaron del cuerpo. La experiencia le volvió loco.

Fue tal el número de caníbales, que los rusos tuvieron que organizar patrullas con hombres reclutados entre los oficiales cautivos. Los rusos les entregaron palancas y les ordenaron que

matasen a todos los devoradores de hombres que encontrasen. Las patrullas se guiaban por el parpadeo delator de las pequeñas hogueras donde los caníbales preparaban su comida por la noche. El doctor Vincenzo Pugliese formó parte de una de ellas. Una noche, al doblar una esquina, sorprendió a un hombre asando algo parecido a una salchicha sujeta al extremo de un palo. Al acercarse, Pugliese no pudo evitar una náusea cuando se percató de que, en realidad, se trataba de una tráquea humana.

Las expediciones perdidas son otro ejemplo de situación extrema donde el ser humano, acuciado por el hambre, se ha encontrado obligado a comerse a sus semejantes.

El 19 de mayo de 1845, los buques *Erebus* y *Terror* salieron del Támesis hacia mar abierto con la misión de encontrar el Paso del Noroeste, una hipotética ruta marítima que comunicaría el océano Atlántico con el Pacífico a través de las islas del norte de Canadá y Alaska, casi siempre rodeadas de hielo. Como el canal de Panamá no era más que una posibilidad, la única forma de pasar de un océano a otro era costear todo el continente americano y atravesar el tempestuoso cabo de Hornos. En términos de tiempo y distancia, sería mucho más ventajoso llegar al océano Pacífico por el estrecho de Bering. Muchas expediciones lo habían intentado desde el siglo XV, pero todas habían fracasado. Sin embargo, nunca antes se había acometido esta empresa en condiciones tan favorables. Todo fue preparado meticulosamente para soportar una larga estancia entre los hielos. Los buques fueron reconstruidos como naves de vapor con hélices con dos poderosos motores de 15 toneladas adquiridos a los ferrocarriles de Londres, tenían el casco reforzado con planchas de hierro para abrirse camino entre los hielos y un sistema de calefacción alimentado por agua caliente. Se embarcaron provisiones para tres años, incluyendo las novedosas latas de carne y sopa. Los 129 tripulantes fueron seleccionados tras superar pruebas especiales y se puso al mando a un veterano de las expediciones al Ártico: el

carismático *sir* John Franklin. Todos estaban convencidos del éxito de la Expedición Franklin.

En agosto de 1845, los barcos balleneros *Prince of Wales* y *Enterprise* contactaron con la expedición en la entrada del estrecho de Lancaster. Nadie los volvió a ver.

Pasaron dos años sin noticias de la expedición, algo que tampoco era infrecuente en un tiempo en que las comunicaciones eran muy limitadas. Pero al año siguiente, en la primavera de 1848, toda Inglaterra se preguntaba qué había sido de Franklin. Se enviaron numerosas expediciones de rescate, pero los resultados fueron negativos.

En 1850, el Almirantazgo británico ofreció una recompensa de 20.000 libras a quien encontrara a la expedición, y *lady* Franklin añadió otras 3.000 de su propio bolsillo. En un momento dado, había diez barcos británicos y dos estadounidenses siguiendo los pasos de Franklin. En el verano de ese año, el capitán William Penny encontró los primeros rastros en la Isla Beechey, en el canal de Wellington: las tumbas de tres hombres que habían muerto por causas naturales en 1846 y numerosas latas de conserva vacías, pero los barcos y el resto de la tripulación seguían sin aparecer. Parecía que Franklin había decidido pasar el primer invierno en esta isla para después, en primavera, seguir su viaje. Los cadáveres encontrados pertenecían a John Torrington, suboficial del *Terror* y a John Hartnell y William Braine, ambos marineros del *Erebus*. Son los únicos que han podido ser identificados hasta la fecha.

No sería hasta 1854 cuando se conseguirían más datos sobre el destino de la expedición. John Rae no estaba buscando a Franklin, sino que estaba explorando la península de Boothia para la Compañía de la Bahía de Hudson. Allí encontró a un grupo de esquimales inuit que le dijeron que seis años antes habían visto a un grupo de blancos arrastrando un bote sobre un trineo, atacados



Según los inuit, vieron a un grupo de casi 40 hombres blancos arrastrando un bote y trineos sobre el hielo, atacados por la inanición y la congelación y que finalmente murieron por el camino.

por la inanición y la congelación y que finalmente murieron por el camino. Según Rae:

> Cerca de cuarenta hombres blancos fueron vistos viajando hacia el sur sobre el hielo, arrastrando un bote sobre un trineo. Ninguno de ellos podía hablar el lenguaje esquimal tan bien como para ser entendido, pero por señas hicieron entender a los nativos que el barco o barcos habían sido destrozados por el hielo, y que iban hacia donde ellos creían que podrían cazar algún ciervo (…) Más tarde en la misma estación, pero antes de la rotura de los hielos, descubrieron los cuerpos de treinta personas y algunas tumbas. Por el mutilado estado de muchos de los cadáveres y el contenido de las ollas, resulta evidente que nuestros bravos compatriotas se habían visto obligados a tomar la última solución, el canibalismo como un medio de prolongar la existencia.

Rae volvió a Inglaterra con varios objetos que había comprado a los inuit y que fueron identificados como pertenecientes a Franklin y a sus hombres, y aunque cobró la recompensa, se ganó numerosas críticas. Para la sociedad victoriana, la disciplina y la moral eran dos pilares fundamentales, por lo que se consideraba que los representantes de la Corona debían superar sus problemas con honor, amparándose en el férreo entrenamiento militar que les había sido inculcado. Por ello, era impensable para los británicos cualquier tipo de especulación sobre canibalismo en el caso de la Expedición Franklin. "¡Los marineros británicos jamás harían cosa semejante!", era el sentir general. Entre los detractores más destacados del informe de Rae se encontró el escritor Charles Dickens, que escribió que los hombres de Franklin nunca podrían haber recurrido a tan horrible práctica debido a "su firmeza, su fortaleza, su elevado sentido del deber, su coraje y su religión". Dickens defendía la posibilidad de que hubieran sido atacados por un grupo de esquimales, y que las mutilaciones fueran acción de animales salvajes.

Lady Franklin llamó a Rae "melenudo y desagradable", y le acusó de negligencia por no seguir buscando en la zona que los inuit le habían indicado.

Esta misma situación ya se había dado antes, con una expedición en la que, curiosamente, también se encontraba Franklin. Entre 1819 y 1822, durante una desastrosa expedición por tierra al Ártico dirigida por John Ross, murieron 11 de los 20 miembros de la partida. La mayoría lo hizo de hambre, después de que llegaran a comer trozos de grasa quemada con líquenes e incluso sus propias botas. Pero hubo al menos un asesinato y se sospechó de algún caso de canibalismo. A pesar de ello, los supervivientes fueron aclamados a su regreso como héroes nacionales y los rumores quedaron rápidamente extinguidos.

En 1857 *lady* Franklin abrió una suscripción nacional y junto con fondos propios y del Almirantazgo adquirió un pequeño barco

a vapor, el *Fox,* y lo puso al mando del capitán Francis Leopold M´Clintock. El *Fox* partió en julio para buscar los restos de la expedición en esa zona. En el verano de 1859, la partida de M´Clintock encontró en la Isla del Rey Guillermo lo que habían relatado los inuit: esqueletos que yacían boca abajo sobre la nieve y un bote atado a un trineo con más esqueletos en su interior (algunos decapitados) y repleto de montones de objetos inútiles que hacían aún más pesado transportarlo. Además, bajo un montículo de piedras, M´Clintock y sus hombres encontraron un documento que aportaba valiosos detalles sobre el trágico final de la Expedición Franklin: durante el invierno de 1846 a 1847, los barcos habían quedado atrapados en una espesa capa de hielo que no se deshizo ni con la llegada del verano; *sir* John Franklin murió el 11 de junio de 1847, y en septiembre de ese mismo año, después de que hubieran muerto 21 hombres, el resto decidió abandonar los barcos y buscar el río Back Fish a través del cual pensaban llegar a las bases de la Compañía de la Bahía de Hudson (por eso arrastraban el bote). Todos los hombres murieron, pero solo una pequeña parte de los cuerpos de los 129 tripulantes ha sido encontrada.

Hasta fechas recientes no se ha podido demostrar la existencia de canibalismo entre los miembros de la expedición. En 1981 el doctor Owen Beattie descubrió marcas de cuchillo sobre un fémur humano. En 1993 la arqueóloga Margarte Bertulli y la antropóloga Anne Keenleyside hallaron en la zona gran cantidad de utensilios y restos de, al menos, 11 seres humanos. Los estudios de los huesos mostraron marcas de cortes realizados por instrumentos de metal y no por dientes de animales. Estos cortes no se correspondían con los que se realizan para amputar miembros congelados, ya que aparecían en zonas como la pelvis y las vértebras cervicales, zonas que, evidentemente, resultaría absurdo amputar. Más bien coinciden con las articulaciones de los huesos por las que es más fácil desmembrar un cuerpo, para así poder desprender la masa muscular.

Por otra parte, en agosto de 1984, los tres cuerpos de la Isla Beechey fueron exhumados. Los cuerpos estaban perfectamente conservados, e incluso uno de ellos tenía los ojos abiertos. El análisis del contenido de plomo en sus huesos y cabellos arrojó cifras sorprendentemente elevadas. Se llegó a la conclusión de que el plomo empleado para sellar las latas de conserva había contaminado la comida. El envenenamiento por plomo produce anemia, confusión mental y finalmente la muerte. Este envenenamiento progresivo debió de influir en la condición física de los hombres, causándoles una debilidad extrema y contribuyendo a que ninguno consiguiera sobrevivir.

En 1906, el noruego Roald Amudsen, un joven marinero cautivado por los relatos del desdichado destino de la Expedición Franklin, fue el primero en cruzar el fatídico Paso del Noroeste. Lo consiguió a bordo del pequeño velero *Gjoa,* tripulado por siete hombres, después de pasar dos inviernos en la Isla del Rey Guillermo. El traicionero paso que tantas vidas se cobró demostró ser, irónicamente, impracticable para la navegación comercial. Hoy en día se vuelve a hablar de él, pues debido al calentamiento global y el deshielo, podría llegar a ser navegable en el año 2020, convirtiéndose en un reemplazo eficaz para la navegación que actualmente cruza el canal de Panamá o el canal de Suez.

Aún hoy en día, las expediciones árticas encuentran ocasionalmente algún hueso humano o algún resto de la malograda Expedición Franklin. El *Erebus* y el *Terror* nunca fueron encontrados. En 1937 un piloto notificó el avistamiento de lo que parecía ser un enorme barco dentro de un gigantesco *iceberg,* pero fue incapaz de localizarlo posteriormente.

Viajemos ahora al salvaje Oeste. A lo largo de tres siglos, desde los primeros asentamientos de los peregrinos puritanos hasta finales del siglo XIX, la historia de los Estados Unidos se desarrolla paralelamente a la gigantesca marcha hacia el Oeste. Ante los ojos de los colonos se abría un territorio incomparable donde hacer

fortuna era cuestión de tiempo. Un mundo lleno de riquezas minerales, vegetales y animales; un mundo para explotar, para dejar atrás la pobreza, para iniciar una nueva vida. No obstante, los obstáculos a la penetración eran numerosos. En primer lugar, la propia naturaleza del vasto e inexplorado continente, la *unknown greatness* de la que hablaban los primeros colonos, la ignota amplitud plagada de bastiones inexpugnables y de trampas mortales. Inmediatamente después venían los primitivos dueños de aquellos lugares, los indios, que no estaban dispuestos a dejarse arrebatar sus tierras ni su ancestral forma de vida. Pero los colonos luchaban por sí mismos, por sus familias y por su futuro, y estaban plenamente convencidos de que el desafío valía la pena.

El viaje se efectuaba en pesadas carretas cubiertas, tiradas por caballos o bueyes, los *Conestoga Wagons,* que tantas y tantas películas han protagonizado. Podía durar meses y era frecuente que antes de llegar al destino se dejaran junto al camino varias tumbas señaladas por una cruz de madera o un montículo. Las personas más débiles morían inevitablemente durante el viaje: niños, ancianos, jóvenes embarazadas… Fueron muchos los que se arrepintieron amargamente de haber emprendido el viaje.

En 1846, la ruta empezaba en Missouri. Después de seguir el río Platte, había que cruzar las Montañas Rocosas (atravesando los actuales estados de Utah, Wyoming y Idaho), para descender después siguiendo el río Columbia y dirigirse a Oregón o California.

Lansford W. Hastings era un hombre enérgico y un charlatán muy convincente. Había formado parte de una caravana dirigida por el doctor Elijah White que había partido de Independence el 16 de mayo de 1842 con destino a Oregón. Durante el viaje, White fue depuesto del mando y reemplazado por Hastings. En Fort Laramie, el famoso *mountainman* Thomas Fitzpatrick accedió a guiar al grupo hasta que, en septiembre, consiguieron llegar a Fort Vancouver. De Oregón, Hastings pasó a California, a la que soñaba convertir en república independiente bajo su autoridad. Sin em-

bargo, en California todavía no se había encontrado oro, y los colonos seguían prefiriendo Oregón. Comprendiendo que, en el mejor de los casos, solo podría reinar sobre los indios de la zona, Hastings dedicó todos sus esfuerzos a atraer colonos. Apoyándose en su supuesto conocimiento de los caminos hacia el Pacífico, publicó una famosa *Guía de emigrantes a Oregón y California* (1845), donde mostraba la facilidad y seguridad de los accesos a este territorio. Desde la encrucijada de Fort Bridger, en Wyoming (el último lugar civilizado), aconsejaba a toda caravana que usara su atajo: el Atajo Hastings, en vez de seguir la ruta clásica, situada más al norte, mucho más segura y explorada desde hacía tiempo, pero también mucho más larga. La necesidad de los conocimientos de un guía experto hizo que muchos incautos creyeran sus palabras. Entre ellos se encontraron los hermanos Donner.

El 15 de abril de 1846 se reunieron en Springfield (Illinois) tres familias numerosas dispuestas a emprender el viaje hasta Fort Sutter, en California: las de los hermanos Jacob y George Donner y la de James F. Reed, con un total de 31 miembros. A ellos se añadieron otras familias, como la de los Eddy, los Keseberg, los Wolfinger, los Breen y los Russell, pero también emigrantes solitarios como Charles Stanton o Patrick Dolan hasta contabilizar un total de 87 personas. Hastings había prometido esperarles en Fort Bridger.

Pero Hastings no estaba en el fuerte. Para no perder tiempo, los Donner decidieron avanzar a su encuentro. A la entrada del cañón Weber, que se abría sobre los montes Wasatch, encontraron una nota de Hastings sujeta a un matorral en la que les pedía que acamparan junto al río Weber y que le enviaran a un hombre para que pudiera enseñarle el camino. James Reed y Charles Stanton salieron en su busca, pero cuando le encontraron, Hastings se negó a guiarles y únicamente les dibujó un tosco mapa de la nueva ruta.

La caravana se puso de nuevo en marcha. Tardaron un mes en cruzar las montañas, en vez de los 12 días que se empleaban normalmente. Era el 27 de agosto y todavía tenían que aventurarse en el desierto del sudoeste del Gran Lago Salado y luego atravesar el desierto de Nevada. En este punto se les unió un nuevo grupo, formado por Franklin Graves, su esposa, sus ocho hijos, su yerno Jay Fosdick y un joven llamado John Snyder.

Después de innumerables penalidades y de perder a cinco miembros, consiguieron atravesar el desierto y acamparon cerca del río Truckee. Poco a poco, la inseguridad, la discordia y el calor habían ido creando un clima insoportable en la caravana. Era el 8 de septiembre. Empezaron a darse cuenta de que tenían serios problemas. Solo tenían una pequeña posibilidad de alcanzar Sierra Nevada antes de que llegara el invierno y bloqueara los caminos. Algunos empezaron a dudar de que contaran con suficientes alimentos y agua para llegar a California. La caravana había perdido un gran número de bueyes y ganado, debido a la falta de alimento y agua y a las incursiones de los indios, por lo que se decidió enviar a Charles Stanton y William McCutcheon a Fort Sutter para que consiguieran provisiones.

El 5 de octubre, Reed apuñaló a John Snyder después de que este le golpeara, y fue expulsado de la caravana, sin víveres ni armas, lo que era el equivalente a una sentencia de muerte. Poco después, Lewis Keseberg expulsó a uno de sus empleados llamado Hardkoop. Nunca más volvió a saberse de él. Seguidamente, desapareció Jacob Wolfinger. Joseph Reinhardt y Augustus Spitzer confesarían más tarde que le habían robado y asesinado. Wolfinger les había pedido ayuda para enterrar sus bienes más valiosos y regresar a por ellos más adelante, pero sus compañeros decidieron apropiarse de ellos.

El 15 de octubre se movieron por el cañón del río hasta Truckee Meadows, cerca de lo que hoy es Reno (Nevada), y alcanzaron el lago Truckee (hoy llamado lago Donner). Desde allí,

contemplaron aterrados cómo empezaba a nevar sobre Sierra Nevada, su último obstáculo. El 19 de octubre, Stanton regresó con siete mulas cargadas de provisiones y dos indios que conocían el camino. McCutcheon había caído enfermo y se había quedado en el fuerte. Para colmo de desdichas, el día 25 un guerrero paiute abrió fuego contra los bueyes, matando a 19 de ellos.

Entre el 31 de octubre y el 3 de noviembre intentaron cruzar las montañas con sus carretas, pero les resultó imposible y decidieron volver al lago y levantar un campamento. Desesperados, trataron de cruzar a pie el 12 y el 21 de noviembre, pero nuevamente fracasaron. Para entonces, las tormentas de nieve eran continuas y se enfrentaban a la terrible perspectiva de tener que pasar el invierno en las montañas, con el suelo cubierto de muchos centímetros de nieve y sin posibilidad de cazar ni conseguir ningún vegetal comestible. James Reed había conseguido llegar a Fort Sutter y, anhelando fervientemente rescatar a su familia, convenció a McCutcheon de volver a buscar la caravana. Llevaban con ellos provisiones para pasar todo el invierno, pero también encontraron los caminos bloqueados por la nieve y debieron volver al fuerte.

La tensión y la negativa a compartir hicieron que la caravana se dividiera en dos grupos. Unos levantaron un campamento junto al lago Donner, que agrupaba a 60 personas, mientras que los 21 miembros de las familias Donner lo hicieron a unos nueve kilómetros de distancia, en un paraje conocido como Alder Creek. La primera persona que murió de hambre en el campamento del lago fue un joven de 25 años llamado Baylis Williams. Después de esto, un grupo de cinco mujeres, diez hombres (incluyendo a Stanton y los dos indios) y dos muchachos intentaron cruzar las montañas usando unas improvisadas raquetas para la nieve. Más tarde se les conoció como La Esperanza Forlon. Al día siguiente, un alemán y un muchacho que no llevaban raquetas volvieron al campamento. Gracias a que mejoró el tiempo, el grupo consiguió recorrer unos ocho kilómetros al día, soportando el intenso frío y

el hambre atroz. Al sexto día el bravo Stanton, exhausto, pidió a sus compañeros que le dejaran morir y siguieran sin él. Se quedó sentado sobre la nieve, fumando su pipa…

William Eddy tomó el mando del grupo. El 24 de diciembre, el hambre les había debilitado hasta el punto de no dejarles dar un paso más. Se despertaban por la noche intentando morder los brazos o las manos de sus compañeros, gimiendo y gritando. Entonces se tomó la decisión de que la única manera de sobrevivir era recurrir al canibalismo.

Entre el 25 y el 29 de diciembre, cuatro hombres murieron. Curiosamente, sus compañeros establecieron normas para comer sus cuerpos, evitando comer la carne de familiares. El mejicano Antonio y Patrick Dolan fueron comidos por todos (ya que no tenían familia en el grupo), pero ni Mary Graves ni su hermana Sarah Fosdick ni su marido, Jay Fosdick, comieron de su padre, Franklin Graves, que antes de morir les había pedido que se alimentaran con su carne. Tampoco Sarah Foster ni su hermana Harriet Pike comieron de su hermano, Lemuel. Sin embargo, todos vieron cómo sus seres queridos eran descuartizados, y su carne, asada y devorada por sus compañeros. Después de recuperar fuerzas, el grupo descansó tres días y emprendió de nuevo la marcha. Diez seguían vivos: los dos indios, cinco mujeres y tres hombres blancos.

Después de una semana, consiguieron atravesar las montañas. Tres días más tarde, nuevamente sin comida y superado el tabú del canibalismo, William Foster propuso comerse a los indios. Sin embargo, Eddy no estaba de acuerdo. Los indios habían arriesgado sus vidas para llevarles provisiones, así que les informó de los planes de Foster, y estos huyeron del campamento. Al día siguiente murió Jay Fosdick, lo que les proporcionó nueva carne.

Más tarde encontraron a los indios, exhaustos y medio congelados tras pasar la noche al raso. Foster les disparó, lo que provocó la escisión del grupo. Por una parte, Foster, su mujer y su

hermana, Harriet Pike. Por otra, Eddy, Mary Graves, Sarah Fosdick y Amanda McCutcheon.

Ironías del destino. El grupo de Eddy fue acogido y alimentado en un poblado paiute, y finalmente consiguieron llegar al rancho Johnson, en Bear Valley. Era el 18 de enero de 1847, 33 días después de su partida. Estaban salvados, después de recorrer 112 kilómetros en las peores condiciones imaginables.

Cuando las noticias llegaron a Fort Sutter, James Reed organizó rápidamente un equipo de rescate para encontrar al resto de los componentes de La Esperanza Forlon. Reed lo consiguió, e inmediatamente comenzó a preparar un segundo equipo. En su corazón, albergaba la remota esperanza de encontrar a alguno de sus familiares con vida. La expedición, entre cuyos miembros se encontraba William Eddy, salió del fuerte el 7 de febrero, dirigida por William Tucker.

En los campamentos, las cosas no habían ido mucho mejor. Para diciembre, ya se habían comido todos los animales. Después, se comieron sus pellejos, cocidos durante horas hasta que se convirtieron en una especie de gelatina.

La expedición de Tucker llegó al campamento del lago Donner el 18 de febrero. Se dice que la primera persona a la que vieron les preguntó si eran hombres de California o ángeles del cielo. Emprendieron el viaje de vuelta llevando con ellos a tres hombres, cuatro mujeres y catorce niños, dejando atrás a un grupo de 17 supervivientes. Finalmente alcanzaron Fort Sutter el 4 de marzo, después de que tres murieran durante el camino. Uno de ellos, William Hook, lo hizo por comer demasiado.

Mientras, Reed había organizado otro equipo y se dirigía hacia los campamentos. En las montañas se encontró con el grupo que volvía, entre los que se encontraban su mujer y dos de sus hijos, a los que pudo abrazar después de cinco meses de separación, pero continuó hasta el lago para rescatar a sus otros dos hijos, que todavía permanecían allí. Reed y sus hombres llegaron

al campamento del lago el 1 de marzo. Para el 26 de febrero, sus ocupantes ya habían empezado a comerse a los muertos.

Encontraron a 28 supervivientes, entre los que se encontraban sus otros dos hijos. El 3 de marzo abandonaron el campamento llevando lo que quedaba de las familias Breen y Graves, los hijos de Reed y varios niños de otras familias, alguno de ellos de muy corta edad. Fueron atrapados por una tormenta de nieve y tuvieron que seguir adelante dejando en un improvisado campamento a 13 de ellos.

A mediados de marzo, William Foster organizó otro grupo, que rescató en primer lugar a los que Reed había tenido que dejar atrás. Tres habían muerto, y el resto había sobrevivido comiendo sus cuerpos. Este campamento se conoce hoy como El Campamento del Hambre. Después, llegaron a los campamentos del lago. Solo encontraron a diez personas vivas. Regresaron dejando allí a cinco supervivientes. George Donner estaba agonizando y su mujer, Tamzene, no quiso abandonarlo. Samuel Donner, Levinah Murphy y Lewis Keseberg estaban demasiado débiles para viajar y fueron abandonados a su suerte.

Una última expedición llegó al lago el 17 de abril. Solo Lewis Keseberg continuaba vivo. Tenía una olla llena de una sopa hecha con carne humana, y se cuenta que dijo que la carne de la señora Donner era la mejor que había probado nunca. Fue llevado al rancho Johnson el 25 abril. Eddy le acusó de haber asesinado y devorado a su hijo e intentó matarle, pero Reed le hizo abandonar esta idea, pues no había ninguna prueba de que Keseberg hubiera matado a nadie.

Keseberg se trasladó a Sacramento, donde compró un hotel y, con evidente mal gusto, abrió un restaurante. Se dice que contaba a todo aquel que quisiera escucharle que el hígado humano era lo más delicioso que había comido nunca. Finalmente se arruinó y murió en esta ciudad en 1895.

De los 81 integrantes iniciales de La Caravana Donner, solo 48 consiguieron sobrevivir. Hoy, la carretera 40 asciende desde Reno hacia el llamado *Donner Pass,* uno de los puertos de Sierra Nevada, a 2.352 metros de altitud. Un monumento recuerda esta tragedia. Una familia en bronce, sobre un zócalo de granito, mira hacia California…

También en el salvaje Oeste tuvo lugar un controvertido caso de canibalismo: el de Alferd Packer, nacido el 21 de enero de 1842 en Pennsylvania y conocido como *El Caníbal de Colorado*.

En 1873, Packer se ofreció a guiar a un grupo de 20 buscadores aficionados de plata y oro desde Bungham Canyon (Utah), hasta las montañas San Juan, en Colorado, ricas en estos metales. Entre estos hombres, todos acaudalados, se encontraban los fundadores del Partido Demócrata de su condado. Quienes le conocían sabían que la orientación no era un punto fuerte de Packer; si se le daba la oportunidad, siempre se perdía. Sin embargo, como ocurrió con la Caravana Donner, Packer les vendió una sarta de mentiras y confiaron en él. Realmente, Packer tenía mucho más interés por sus dólares que por la plata de aquellas colinas.

El grupo se quedó sin comida durante su peregrinar. Hambrientos y desesperados, llegaron en enero de 1874 al campamento ute del Jefe Ouray, en el noroeste de Colorado, cerca de Montrose. Los indios les cuidaron y alimentaron y les aconsejaron retrasar su partida hasta primavera, pues se esperaba que el invierno fuera muy duro y corrían un serio riesgo de quedar aislados por la nieve.

Sin embargo, cinco de los hombres estaban impacientes por encontrar el preciado metal. Frank Miller, Shannon Wilson Bell, James Humphreys, Israel Swan y George Noon querían llegar a las minas antes que nadie, así que el 9 de febrero decidieron seguir adelante hasta la reserva de Los Pinos, en Cochetopa Creek, cerca de Saguache y Gunnison. Nuevamente, Packer se ofreció a guiarles.